

ECUMENISMO



ABADIA DE WESTMINSTER

ESTE Concilio nos está dando un ejemplo de adaptación a nuestro tiempo con la libertad de palabra que reina dentro de él. Seguir sus sesiones esponja nuestro ánimo, y nos hace ver qué poco miedo tiene la Iglesia Católica a un sincero y gigantesco examen de conciencia, como dijo monseñor Felín.

Las líneas puramente conservadoras de una tradición que, a veces, no se remonta más allá del siglo pasado, han quedado desbordadas no por los «avanzados», sino por el realismo de los padres conciliares.

Nuestro mundo, entre otros muchos inconvenientes, tiene la ventaja de la inflación de medios informativos que posee. Esto hace que casi todos los países del mundo gocen de un episcopado que, como se evidencia en el Concilio, está en contacto constante con los problemas de los hombres y sus necesidades.

Cuando el cardenal Cushing, arzobispo de Boston, se retiró, por creer que se hacía una labor poco práctica, actuó quizá un poco precipitadamente. Porque lo que hasta ahora se ha discutido es base para llegar al punto neurálgico que se ha alcanzado: el de las relaciones con otros grupos religiosos y el de su situación dentro de la sociedad civil.

El esquema conciliar que acaba de discutirse versa sobre este asunto, porque tras la palabra «ecumenismo» se esconden estos dos problemas.

Aunque suene raro, esta palabra, poco usual en nuestro idioma, para los orientales cristianos era muy frecuente. Los santos padres, esos escritores del primer milenio cristiano, de tanta autoridad en todo lo relativo con la fe, la utilizaron constantemente. Quería significar el «mundo entero»; para ellos, con sus elementales ideas geográficas, se trataba del entonces conocido, que todo él era cristiano. Por eso los primeros siete concilios se llamaron *concilios ecuménicos*, porque reunían a los cristianos del mundo entero conocido, de la «oikouméné». En el griego moderno, esta palabra ha venido a ser símbolo de «unión amistosa de todos».

De ahí que los dos *movimientos ecuménicos* —existentes uno dentro del catolicismo y otro dentro del protestantismo— tiendan como primer móvil a favorecer la aproximación de todos los grupos cristianos en el deseo de llegar a la unidad católica, en forma espontánea.

* * *

LAS dos separaciones más importantes en la Iglesia Católica fueron las de las iglesias orientales en el siglo XI y las de los grupos protestantes en el XVI.

El año 1053, la segunda sede patriarcal, Constantinopla (la primera era Roma, como reconocían los propios orientales), empezó una activa campaña contra el rito latino, que a ellos les parecía una ilícita incursión dentro de una región en la que todas las tradiciones eran bizantinas. El juridicismo romano no había influido hasta entonces en los cuadros de la iglesia bizantina: ésta mantenía una gran vitalidad religiosa procedente, sin duda, de su liturgia, basada en la Biblia y en los escritos de los santos padres. El pueblo participaba activamente en los actos religiosos y se alimentaba espiritualmente de ello. La vida del creyente no estaba tan reglamentada como en Roma y los pueblos latinos, sino que vivía de un clima más que de un código.

La mejor expresión de esta diferencia está en la concepción monástica de los pueblos latinos y orientales. San Columbano, expresión del juridicismo a ultranza, funda una orden monástica en el siglo VII, en donde queda reglamentado todo, hasta la manera de llevarse la comida a la boca, y el monje que se equivoca sufre un castigo de durísima penitencia corporal, entre la que figura en primer plano la pena de azotes. Gracias a Dios esta dureza no perduró completamente, salvo en la inhumana costumbre de los flagelantes, sino que adquirió auge la suave regla de San Benito, aunque

siempre hubo quien quiso que se le diera mayor amplitud y vigor legislativo (San Odón, San Bernardo y San Bruno).

En cambio, en Oriente se estimula la autonomía relativa de los primitivos anacoretas, que eran independientes y después se unieron en Cenobios, donde se reunían para algunos actos litúrgicos comunes; se formaban siguiendo el consejo de los maestros espirituales que ellos libremente elegían y que ejercían sólo una suave dirección espiritual. Estaban dedicados a la liturgia y al trabajo manual y no existían verdaderas reglas, sino un conjunto de costumbres que variaban de un monasterio a otro. Tampoco tienen, en general, una autoridad superior que agrupe diversos monasterios: como se ve, se confiaba más en un clima espiritual que en más reglas concretas de carácter jurídico.

Por otro lado, en Oriente, se mantenían doctrinas que estaban bastante puestas en Occidente: como era el valor de la acción del Espíritu Santo en los fieles. En la Iglesia latina casi todo se hacía depender de la autoridad, y sin ella no parecía poderse hacer apenas nada; en Oriente, en cambio, la acción del Espíritu Santo en los fieles, y sus manifestaciones, eran respetadas y tenidas en cuenta en mucha mayor medida. Cuando se dudaba sobre si una cuestión era de fe, en Occidente se acudía generalmente a la autoridad eclesiástica; en el mundo bizantino, en cambio, se investigaba antes lo que era la constante y universal creencia de los fieles, y sólo después dirimía la cuestión la jerarquía eclesiástica: la fe para ella era una luz real que existía en el conjunto de los creyentes y no una simple sumisión a una enseñanza impartida por el que manda.

Estas causas, y otras de carácter menos elevado, hicieron que las cosas llegasen a un punto de tensión grave. Entonces, Roma puso el asunto en manos de un cardenal inhábil y duro, lleno de incompreensión para los orientales. El cardenal Humberto llegó a Constantinopla en el año 1054 y, sin tacto alguno, no sólo excomulgó al inquieto patriarca Miguel Cerulario, sino que acusó al pueblo y al clero (y ése fue su máximo error), haciendo afirmaciones injustas e insostenibles. Eso exacerbó a todos contra los legados pontificios y tuvieron que huir de Constantinopla.

Lo curioso del caso es que esta Bula de Excomunión era inválida, porque en la fecha que se promulgó estaba muerto el Papa León IX, que era quien les había encomendado tal gestión.

Todo esto hizo que la ruptura fuera un poco extraña. Por eso dice J. Farrow, un historiador católico: «A pesar de la errónea interpretación popular, la ruptura de 1054, aunque no fue curada, no fue realmente definitiva. Durante mucho tiempo se hicieron continuos ensayos de reunión, unos procedentes del Oeste y otros del Este. Sólo en 1472 se hizo irreparable la separación.»

La verdad es que, aunque se pudiese pensar que Constantinopla se separó entonces de Roma en forma definitiva, esto «no significó necesariamente la separación de las restantes iglesias orientales» (de Vries, S. J.). Quizá todo se agudizó más y se hizo irreparable cuando «el fanático saqueo de Constantinopla por los cruzados en 1204 y el establecimiento de un emperador latino y de un obispo latino» (padre Ph. Hughes).

Todavía en la mente de los griegos perdura la impresión de aquella injusta coacción latinizante, que es recordada en la enseñanza primaria que se imparte en sus escuelas.

Sin embargo, a pesar de todo, los *maronitas* del Líbano se mantuvieron en la unidad, como también algunos grupos de *armenios*.

Los *rusos* realmente no se separaron oficialmente de Roma hasta el siglo XV. Pero no todas las iglesias rusas, porque como nos ha recordado monseñor Slippi, el gran mártir de la persecución ruso-soviética, la Iglesia de Ucrania siempre se encontró unida a Roma, sin perder sus características orientales de rito y doctrina. En la sesión del 11 de octubre hizo una sencilla, y al mismo tiempo profunda, exposición de la concepción que

CATOLICO



SANTA SOFIA DE CONSTANTINOPLA

Por
ENRIQUE
MIRET MAGDALENA

tiene de la Iglesia la teología que ellos sustentan; según monseñor Slipi no cabe el excesivo individualismo y arbitrariedad del obispo, porque «los obispos están ordenados a la Iglesia universal» y no son dueños casi absolutos de un rebaño de fieles. Unidos en la Iglesia universal, son colegialmente infalibles, «infalibilidad que no les viene del Papa, sino de Cristo, y está fundada en la universalidad de la Iglesia». Por eso, para él «el Concilio... es una expresión de la Iglesia infalible», la cual también se muestra en la fe de los creyentes.

Los *caldeos* se unieron en 1591; los *mélkitas*, en el siglo XVII, hoy dirigidos por el valiente y oportuno Maximos IV, que sabe presentar con verdadera genialidad la concepción universal de la Iglesia que tienen en Oriente; los *rumanos*, en 1679, y los coptos, búlgaros y jacobitas lo hicieron más tarde.

No se entienda esto, como si todos los que siguen esos ritos estén ya unidos a Roma. En realidad, de los 180 millones de bautizados orientales, sólo diez millones lo están. Pero «mantengamos netamente la igualdad de Oriente y Occidente en dignidad y honor» (monseñor Dib. Obispo maronita de El Cairo), sin exclusivismos que suponen una injusta preferencia por las tradiciones latinas en la Iglesia Católica.

La misión de estas iglesias orientales unidas es digna del mayor encomio: son el puente real de unión que pueden traspasar algún día sus hermanos ortodoxos, y entonces, al terminar su misión, harán lo que Maximos IV ha dicho: «Ceder con alegría su puesto al patriarca ortodoxo.»

* * *

Al tema protestante ya he dedicado un artículo recientemente, y poco debe añadirse, salvo lo que el propio Concilio ha señalado. Desde Lutero para acá los tiempos han cambiado mucho. Hoy es frecuente en la Iglesia Católica reconocer que, aunque los reformadores se equivocaron, en su intención «no quisieron ir contra la unidad de la Iglesia, sino subrayar ciertos puntos de doctrina que les parecían oscurecidos» (monseñor Elchinger).

Hasta ahora, muchos teólogos que concedían el nombre de iglesia a las orientales, no querían concedérselo a los grupos tradicionales protestantes. Hoy, después del criterio del obispo coadjutor de Estrasburgo, no hay inconveniente en llamarles «comunidades eclesiales» (cardenal Koenig) o incluso «iglesias» como han pedido a una el cardenal Ritter y el arzobispo de Cluarnavaca.

Toda la Jerarquía de Gran Bretaña, el episcopado tradicionalmente hostil al *ecumenismo*, ha aprobado con gran gozo, por boca de monseñor Heenan, el esquema sobre este tema, y celebra que «las penosísimas disensiones con los anglicanos se terminen, pues la jerarquía inglesa está decidida a hacer todo lo que esté de su parte para promover el ecumenismo».

Nada de esto será eficaz si no se consigue una valiente declaración conciliar de libertad religiosa. «La libertad religiosa no es un asunto de oportunismo, es una cuestión teológica: la libertad del acto de fe exige una independencia total en relación con el poder civil cualquiera que éste sea, pues el Estado es radicalmente incompetente en materia religiosa» (cardenal Ritter). Lo mismo que ha dicho monseñor Méndez: «La unidad sin libertad, no es unidad religiosa.»

Otro problema que el Papa ha abordado en un célebre discurso sobre la Curia romana, y que es esencial para hacer viable la unión de los cristianos, que propugna el «ecumenismo», es el de la excesiva centralización. El cardenal Bea lo ha señalado en pleno Concilio: «La Iglesia es a menudo acusada de centralización, curialismo e imperialismo. Y es con hechos como debe responder a estos reproches.»

El enfrentamiento, relatado por toda la prensa, entre el cardenal Frings y el cardenal Ottaviani obedece a este desconocimiento de las realidades actuales por parte de la Curia. Este hombre bueno, pero semi-impedido (apenas ve) que es el secretario del Santo Oficio, ha fallado ante el realismo sereno del hombre probablemente más respetado del Concilio, el arzobispo de Colonia, al oponerse a la actual concepción del Santo Oficio. El diario «Pueblo» ha recordado una anécdota bien interesante de Juan XXIII, que había oído ya en Roma y que es reveladora del carácter lleno de recursos de este santo Papa en su lucha con los excesos de la Curia. Un día le presentaban del Santo Oficio para firmar un decreto de prohibición, y cuando lo estaba leyendo, exclamó riéndose: «¡Cómo voy a prohibir este libro, si lo recomendé tanto en Venecia cuando era simple patriarca!». Aclaro yo ahora que la obra de que se trataba era la famosa «Introducción a la Biblia» de Robert y Feuillet, dos especialistas católicos de gran renombre que resumía lo mejor de las investigaciones católicas actuales sobre la Sagrada Escritura: por eso no lo firmó el Papa. Pero, ¿qué hubiera pasado si no hubiera conocido la obra? De ahí que haya un gran eco mundial contra los procedimientos de la antigua Inquisición Romana, porque supone una presión anacrónica sobre el mundo intelectual católico.

* * *

El «*ECUMENISMO católico*» del bueno es la reunión que ha tenido el episcopado francés para oír a un teólogo calvinista: el monje protestante Max Thurian. O la presencia de varios centenares de pastores y fieles protestantes en la Conferencia Litúrgica Católica de Norteamérica.

Igual postura positiva es la del cardenal Léger cuando afirmaba en el Concilio que «la prudencia no tiene sólo como objeto defender el pasado, sino también mirar al porvenir para mejor afrontarlo». Y la de monseñor Garrone criticando las controversias entre católicos y protestantes de tiempos pasados.

O la del episcopado alemán —ahora repetida por Pablo VI—, pidiendo perdón a los *separados* por la culpa que tienen los católicos en la génesis de esta separación.

Pero no sólo es necesario hacer estas declaraciones generales o adoptar gestos de buena voluntad: hay que resolver cuestiones prácticas.

Monseñor Weber, obispo de Estrasburgo, ha querido —como han pedido algunos obispos norteamericanos— que se resuelva con mayor realismo el problema de los «matrimonios mixtos», y que los sacerdotes católicos puedan dar la comunión y confesar a los fieles ortodoxos.

* * *

ESTA es la primera floración importante del «ecumenismo católico» que comenzó en 1889 con las conversaciones del padre Portal con el anglicano Lord Halifax, rotas en flor por la decisión de León XIII en contra de la validez del sacerdocio anglicano; reanudadas en 1921 con el cardenal Mercier, el famoso modernizador de la filosofía escolástica en Lovaina, gran cristiano que dejó a Lord Halifax su anillo pastoral al morir, como prenda de su deseo unionista.

Después son los benedictinos de Chevetogne con su acercamiento al oriente ortodoxo; el padre Couturier en Francia y el padre Laros en Alemania favoreciendo los contactos con los protestantes; y numerosos teólogos católicos como Karl Adam, Yves Congar, O. P., Max Pribilla, S. J., que han preparado este penoso camino hacia la floración del Vaticano II, del que esperamos una claridad grande sobre los temas concretos enumerados, y sobre otros muchos que podrían ser tratados.